

“Serena Williams confiesa que le costó aceptar su cuerpo en el deporte”

Durante sus primeros quince años como profesional, Serena Williams enfrentó no solo rivales en la cancha, sino también críticas constantes sobre su físico. La timidez y la presión estética marcaron sus inicios, en un circuito dominado por estándares de delgadez y minimalismo. Con apenas 17 años, la estadounidense se distinguió por su talento y por un cuerpo que rompía moldes: curvas pronunciadas frente a la silueta estilizada de la mayoría de sus competidoras.

Ese contraste tuvo un fuerte impacto psicológico. Serena recuerda haber sido objeto de comentarios racistas, sexistas y de una sexualización permanente que alimentaron inseguridades y aislamiento. Sin embargo, su físico resultó ser su mayor fortaleza: potencia, resistencia y explosividad que la llevaron a conquistar títulos y récords.

La campeona aprendió con el tiempo a transformar la crítica en símbolo de autonomía. “No escucho opiniones negativas. Cada uno tiene derecho a pensar lo que quiera”, afirma hoy con serenidad. Su mensaje es claro: el éxito deportivo no depende de ajustarse a un estándar corporal.

Incluso tras recibir cuestionamientos por convertirse en embajadora de un medicamento para bajar de peso, Williams defendió su decisión como un asunto biológico y personal. Su trayectoria demuestra que el deporte de élite debe celebrar la diversidad física y que la confianza en uno mismo es tan decisiva como la técnica.

Serena Williams encarna así una lección poderosa: el cuerpo, sea musculoso, curvilíneo o delgado, es una herramienta única que refleja singularidad. Y en su caso, esa singularidad la convirtió en una leyenda del tenis.